

Morir, ó matar al Rey,  
Y librar su patria misma.  
Licencia pidió al Senado,  
Luego le fué concedida:  
Al Tíber pasó nadando,  
Al real llegado habia.  
Al sacerdote del Rey  
Que purpúrea ropa vestía,  
Creyendo que fuese el Rey  
Dado le ha mortal herida.  
Mucio fuera luego preso,  
Y ante el Rey se traía.  
— ¿Quién eres, dijo, mancebo? —  
Mucio luego respondía:  
— Ciudadano soy romano,  
Mucio es mi nombradía,  
Que yo como tu enemigo  
Como á tal matar quería.  
No creas que terné, Rey,  
Ni que á mí me fallecia.  
Ménos ánimo al morir  
Que para quitar tu vida;  
Que sufrir cosas mas fuertes  
A romanos convenía;  
Ni creas que yo sea solo  
En hacer lo que yo hacia,  
Que de Roma son salidos  
Mancebos en demasia,  
Que procuran con tu muerte  
Ganar fama muy cumplida.—  
Porsena lo amenazaba;  
Dijo que lo quemaría  
Si no le decía verdad,  
Y alguna cosa encubría.  
Mucio extendiera su mano,  
Y en un fuego la metía;  
Toda la dejó quemar,  
Y al Rey así le decía:  
— Tú puedes ver y sentir  
Cuán poco su cuerpo estima  
Todo hombre que procura  
Ver gran gloria y conquistarla.—  
Viendo el Rey su gran constancia,  
De sobre Roma partía;  
Hizo paz con los romanos;  
Gran temor cobrado habia:  
Dijo: — Vete, Mucio osado,  
Que yo cierto juzgaría  
Si se hiciera por mi patria  
Lo que por la tuya hacías,  
Quedar d'eso gran memoria  
De tu virtud tan cumplida.—  
Enviólo para Roma,  
Que muy bien lo recibía.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

## 521.

HECHO DE CLOELIA, VIRGEN ROMANA, ESTANDO EN REHENES  
DE PORSENA.

(De Juan de la Cueva.)

Cloelia, virgen romana,  
Siendo dada al rey Porsena  
Por rehenes de seguro,  
Y otras vírgenes con ella,  
Viéndose en el campo Etrusco  
Entre la gente de guerra,  
Lugar, cual juzgo, indecente  
Para estar en él doncellas,  
Juntando á las de su patria,  
Así las dijo Cloelia:  
— Vírgenes, honor de Roma,  
En quien resplandece Vesta,  
Ya veis el riesgo en que estamos  
De perder la gloria nuestra,  
Pues entre libres soldados  
Nos vemos, y entre armas puestas,

Sin hacer ningun efeto,  
Mas que esperar nuestra ofensa,  
La cual quiero que evitemos  
Si la mujeril flaqueza  
Dejais, y con pecho fuerte  
Me seguís á un alta empresa,  
Que despues de hacernos libres  
Nos promete gloria eterna.  
Y es, que en faltando el sol claro,  
Y viniendo la tiniebla,  
Nos arrojemos al Tíber,  
Pues pisamos su ribera,  
Y nadando, á nuestras casas  
Nos vamos d'esta manera.—  
Como Cloelia lo dijo,  
Fué concedido por ellas,  
Y en viendo que en sombra oscura  
La clara luz fué cubierta,  
Y que las celestes formas  
Acompañaban á Delia,  
Con ánimo varonil,  
Y con prudente cautela  
Engañaron á las guardas,  
Y salieron de sus tiendas,  
Y al patrio Tíber llegando,  
Al hecho heróico dispuestas,  
Siguiendo á Cloelia todas,  
Todas al agua se entregan;  
Y de la necesidad  
Forzadas, sacando fuerzas,  
Rompiendo las prestas ondas,  
Todas una escuadra hechas,  
Cual ir suelen las Nereides  
Sobre las ondas revueltas,  
Tales iban las romanas  
Consiguiendo la alta empresa,  
Del sacro rio ayudadas,  
Que poco á poco las lleva,  
Refrenando el veloz curso  
Les abrió carrera cierta,  
Por donde entrasen en Roma  
Triunfando, de gloria llenas.  
Sabido el extraño caso,  
Eavió luego Porsena  
A Roma sus mensajeros  
A demandar á Cloelia,  
Como á la mas principal  
En su recibida ofensa,  
O que quebraría las paces,  
Que cesar hacían la guerra,  
Ni el cerco les alzaría  
No dándole la doncella.  
Roma, oyendo la embajada,  
A Cloelia les entrega,  
Que al rey Porsena la lleven,  
Que haga á su gusto d'ella,  
Hora dándole castigo,  
O asolviéndola de pena.  
Así los embajadores  
De Roma parten con ella,  
Dejando á todos envueltos  
En lágrimas y querellas.  
Llegaron do el Rey estaba  
Deseando la respuesta  
De Roma, en lo que pedía,  
Y á Cloelia le presentan,  
Que sin perder el color  
Ni alterarse, estuvo queda  
Con semblante honesto y fuerte,  
Puestos los ojos en tierra.  
Porsena, desque la vido  
Tan hermosa y tan honesta,  
Admirado de ambas cosas  
Y mas de su fortaleza,  
Dijo: — Mas gloria te debe  
Roma á tí, que á Mucio Scévola,  
Y mayor fué tu hazaña,  
Y dina de mayor cuenta;  
Y así quiero, pues es justo,

Que de premio no carezca,  
Y ser yo el que galardone  
Una hazaña tan nueva,  
Porque loando tu esfuerzo,  
Se loe mi recompensa;  
Que la virtud pide premio,  
Y es sin virtud quien lo niega.—  
Y así, traer mandó luego  
Delante de su presencia  
Las mas doncellas, que estaban  
Por rehenes, y ante él puestas,  
Le dice: — Cloelia, escoge  
Las que mas gustares d'estas,  
Que yo te las quiero dar  
Para que á Roma las vuelvas.—  
Cloelia puesta á sus piés,  
Casi á besárselos llega,  
Y con alegre semblante  
La real merced aceta,  
Y de todas las romanas  
Que estaban delante d'ella,  
Las mas mozas fué apartando  
Temiendo que estando opresas,  
Y en poder de los contrarios,  
Podrían hacer ofensa  
A su honor, mas fácilmente  
Que no las de edad entera,  
Que se guardarían mejor  
Teniendo mas experiencia:  
Y habiéndolas apartado,  
Le dió licencia Porsena,  
Para que se fuese á Roma  
Con ellas, y ellas con ella;  
Que llegando al patrio muro,  
Fuéron con alegre fiesta  
Recebidas, y en gran triunfo  
Metida en Roma Cloelia.  
Y porque fuese su nombre  
Eterno, y su gloria eterna,  
De bronce hicieron su imágen,  
Y sobre un caballo puesta,  
Fué puesta en la Via Sacra  
Adonde todos la vean,  
Y alabando su virtud,  
Su fama hagan perpetua.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

## 522.

CAMILO LIBRA Á ROMA, SITIADA POR LOS GALOS.

(De Juan de la Cueva.)

Del patrio romano muro  
De ira ardiendo el fuerte pecho,  
Avergonzado y corrido,  
Congojoso y de ansias lleno,  
Se sale Furio Camilo,  
Quejándose al justo cielo  
Porque en medio del Senado  
Le acusó Lucio Apuleyo,  
Que de la presa de Veyes  
Usurpó mucho dinero.  
D'esta falsa acusacion,  
Su honor ofendido viendo,  
Sin dar respuesta al Tribuno,  
Ni al Senado satisfecho,  
Como aquel que estaba libre,  
Y de tal insulto exento,  
Sin aguardar mas razones,  
Sobre su caballo puesto  
La via de Ardea toma  
Cargado de pensamientos,  
Revolviendo la injusticia,  
Que se le hacia en esto,  
Y cuán mal se le pagaba  
El bien que á Roma habia hecho.  
Yendo así, viendo alejarse  
De su patria, llevo á un puesto

De donde el romano muro  
Ver se podía aunque léjos.  
En medio de sus congostas,  
Revolvió al caballo el freno,  
Y mirando á Roma, dice,  
Los dos ojos de agua llenos:  
— Patria ingrata á mis servicios,  
De tí me aparto y destierro,  
Que no es justo que en tí viva  
Quien se ve en tal menosprecio,  
Ni que se nombre romano  
A quien Roma da tal premio;  
Queda do no vean mis ojos  
Mas tu Capitolio excelso,  
Ni mis brazos te defiendan,  
Ni mis piés pisen tu suelo.  
Quédate, ¡oh ingrata Roma!  
Quédate, ingrata, en tu yerro,  
Y los dioses te castiguen,  
Y ellos te traigan á tiempo  
Que á Marco Furio Camilo  
Busques para tu remedio.—  
Resonó á este punto el aire,  
Confirmando Jove inmenso  
La plegaria de Camilo,  
Con un prodigioso trueno,  
Que de la Occidental parte  
Óido fué en el momento  
Que Camilo dió la vuelta  
Su camino prosiguiendo.  
Estando en aqueste estado  
Roma en felice sosiego,  
Los fuertes galos bajaron  
De Galia al Hesperio reino,  
Trayendo por su caudillo  
Y cabeza al fuerte Breno,  
Que despues de otras hazañas  
Puso sobre Roma cerco,  
Ganando por fuerza de armas  
Sus fuerzas, y entrando el pueblo  
Que tenia á todo el mundo  
Con las suyas puesto miedo,  
Y agora lleno de espanto  
Estaba su daño viendo  
Desde el alto Capitolio  
Sin hallar ningun remedio  
Para los de dentro ir fuera,  
O los de fuera entrar dentro,  
Que cercados de enemigos  
Se lo defendían con hierro.  
Puestos en esta afliccion,  
Los romanos proveyeron  
Que á la ciudad de Ardea fuese  
Enviado un mensajero  
A Marco Furio Camilo,  
Que viniese á defendellos,  
Nombrándolo dictador  
Y alzándolo su destierro.  
Como d'ellos fué acordado,  
En obra luego fué puesto,  
Y á Camilo dado aviso  
Del caso y romano aprieto;  
Que certificado bien  
Que de un general acuerdo  
Lo llamaban y elegían  
Los senadores y el pueblo,  
Movida la ilustre alma  
A piadoso sentimiento  
De ver su patria ofendida,  
Y puesta en tan duro extremo,  
Olvidado de su ofensa,  
Tuvo aquí su honor en ménos;  
Que el ánimo generoso  
No se venga en mal ajeno,  
Qu'el perdonar las injurias  
Se tiene por mas efuerzo;  
Cual el valiente Camilo,  
Su ofensa en ménos teniendo,  
Que la ofensa que hacia

A su patria el frances fiero,  
Sin diferir su partida  
A Veyes se fué al momento,  
Donde le estaba aguardando  
De romanos el ejército,  
Que ordenado y puesto al arma  
Para Roma partió luego  
Con la priesa que pedía  
Su afrentoso y triste estrecho.  
Los oprimidos romanos  
Viéndose ya tan opresos,  
Que tenían por imposible  
Remedio, dalles remedio,  
Trataron con los franceses,  
Y con su caudillo Breno,  
Que por mil pesos de oro  
Alzasen de Roma el cerco.  
Llegado el día del plazo,  
Para acabar el concierto,  
Publio Sulpicio, tribuno  
De Roma, salió al efecto,  
Y con el frances caudillo  
Sentado, el frances dio un peso  
Para que el oro pesasen,  
Muy diferente en el peso  
Del que usaban los romanos;  
Y no consintiendo en ello  
El romano, se detuvo  
De pagar, diciendo á Breno,  
Qu'él no pensaba pagalle  
Por aquel peso el dinero.  
El arrogante frances  
Ensoberbecido d'esto,  
Sacó la espada furioso,  
Lleno de ira y despecho,  
Y en la balanza la puso  
Con soberbia voz diciendo:  
—De los vencidos romanos,  
No escape ninguno d'ellos.—  
Replicándole el Tribuno  
Sobre ello, y él respondiendo,  
Sin conformarse los dos,  
Ni dar fin á su concierto,  
Estando mil voces dando  
El romano y frances fiero,  
Llegó el dictador Camilo,  
Y en medio de todos puesto,  
Mandó levantar el oro,  
Que puesto tenían en medio,  
Diciéndoles á los galos,  
Que se retirasen luego,  
Que Roma no acostumbraba  
Á hacer concierto tan feo.  
Breno respondió á Camilo,  
Que se le diese primero  
El oro que por rescate  
Los romanos prometieron.  
El Dictador respondió,  
Que los pactos sin él hechos,  
Qu'era dictador de Roma,  
Eran de ningún efecto;  
Que aperciesen las armas,  
Con que se acabase aquello,  
Pues ellas satisfarian  
La falta de los conciertos.  
No dió respuesta el frances,  
Ni pudo; mas revolviendo  
Comenzó á ordenar su gente  
Las armas aperciendo.  
El romano acudió al punto  
Apercibiendo lo mismo,  
Y viendo su gente en orden  
Dijo, en medio d'ella puesto:  
—Este es el día, romanos,  
Que ha de ser por vos deshecho  
El agravio hecho á Roma  
Con infamia y menosprecio,  
Y que ha de recuperarse,  
No con oro, mas con hierro,

Vuestra patria sojuzgada  
Del enemigo soberbio.  
Alzad, romanos, los ojos,  
Mirad los sagrados templos  
Do se sirven vuestros dioses  
Profanados hora d'estos:  
Mirad allí vuestras casas,  
Mirad vuestros padres viejos;  
Mirá allí vuestras mujeres,  
Y allí vuestros hijos tiernos,  
Que á la gálica prision  
Inclinan los flacos cuellos,  
Si no fuesen defendidos  
Por el alto valor vuestro.—  
En diciendo esto, Camilo  
Fué su hueste disponiendo  
Cual la ocasion demandaba  
Para salir con su intento.  
Tocan los galos al arma,  
Y con bárbaro denuedo  
Representan la batalla  
Confiados en su esfuerzo,  
Y en la innumerable suma  
De su poderoso ejército.  
Los invencibles romanos  
Con mas orden y concierto  
Arremeten á los galos,  
Y entre sus armas revueltos  
Comienzan la lid horrible  
Cubriendo de sangre y muertos  
El suelo, que un punto ántes  
Redimian con dinero:  
Y los que llenos de orgullo  
Al mundo ponian en miedo,  
Y osaron cercar á Roma,  
Y ponella en tanto aprieto,  
Rendidos al vil temor  
Dejan el campo huyendo,  
Unos cayendo sobre otros  
Y otros sobre estos cayendo;  
Arrojando aquí la espada,  
Y acullá dejando el yelmo;  
Haciendo el huir infame  
En su peligro el remedio;  
Como si por ser cobardes  
Fueran de la muerte exentos:  
Lo cual sucedió al contrario  
A los franceses soberbios,  
Que siguiéndoles la gente  
De Rómulo, en poco tiempo  
De trescientos mil franceses  
No quedó hombre vivo d'ellos,  
Que pudiese dar la nueva  
En Francia de aquel suceso.  
Los victoriosos romanos  
Ante su caudillo puestos,  
Acabado ya el combate,  
Comienzan en claro acento  
A decir: — ¡Viva Camilo,  
Padre del romano pueblo,  
Segundo fundador suyo  
Despues de Rómulo eterno! —  
Esta voz crecía entre todos  
Cercados d'él, y él en medio,  
Y al desterrado de Roma  
En triunfo le meten dentro.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

523.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda <sup>1</sup>.)

Los galos entran por Roma,  
Muy sangrienta la su espada  
De los romanos que han muerto  
Junto d'ese rio Alia.  
Los que dentro d'ella habia,

Que ningun mal recelaban,  
Por no saber que su gente  
Ha sido desbaratada,  
Por estar tan sin cuidado  
Los galos los maltrataban;  
Discurren por toda Roma,  
Entran por todas las casas,  
Degüellan los senadores,  
Ninguno d'ellos escapa.  
Los plebeyos y patricios  
Toman muerte desastrada;  
Matrona no queda á vida,  
Sus hijos todos los matan:  
Los siete montes resuenan  
Los gritos que todos daban;  
Las calles de toda Roma  
Sangre todas las bañaba.  
A Tiber corre la sangre,  
Sus aguas las coloraban,  
Porque si los cuerpos quedan,  
Las cabezas les cortaban.  
Ponen por toda ella fuego,  
Muy temerosa es la llama;  
Abrasóse casi toda,  
En ceniza se tornaba.  
Es tanta la crueldad,  
Que en el mundo par no halla.  
Acógense al Capitolio  
Los que mas sueltos se hallan  
Para se salvar allí,  
Por ser de fuerte muralla,  
Y porque es la mayor fuerza  
De Roma, y mas señalada;  
Que si el Capitolio pierden  
Ninguno d'ellos quedara.  
Los galos con gran braveza  
Dentro á todos los cercaban;  
Mas los mancebos romanos  
De allí salen con las armas,  
Fieren muchos de los galos,  
Y á otros muchos mataban:  
Los galos como son muchos  
En dos bandos se apartaban;  
Unos guardan los cercados,  
Otros con crecida saña  
Quieren conquistar las tieras,  
Que á Roma son mas cercanas.  
A Ardea habian llegado,  
Adonde Camilo estaba  
Desterrado, muy sin culpa,  
Que el Senado lo mandaba.  
Camilo, como esforzado,  
A todos los animaba:  
Para contra los franceses  
Todos apellidan armas.  
Saltéanlos en los campos,  
Infinitos d'ellos matan,  
Igual hacen los veyentos  
Y romanos que allí estaban.  
Todos al fuerte Camilo  
Por capitan lo criaban;  
Y el capitan, como diestro,  
Que la guerra ejercitaba,  
Tomara todas las gentes;  
Para Roma caminaba  
En contra de los franceses  
Que el Capitolio cercaban.  
Partido estaban haciendo  
Cuando Camilo llegaba,  
Que porque les dejen libres  
Mil libras de oro les daban.  
El oro se está pesando,  
Y un frances con mucha saña  
Dijo que queria le diesen  
Tanto oro como pesaba  
Su espada, que allí tenia,  
Y que si no se lo daban  
No dejaria uno á vida  
De los que vivos fincaban.

Camilo, con grandes voces  
A los suyos animaba:  
— Ferildos, los mi romanos,  
Librad vuestra misma patria,  
Vengad á los senadores,  
Y padres que os engendraran,  
Y vuestros hermanos muertos  
Que su sangre lamentaban.  
Vengamos á nuestros dioses,  
Que en los templos los quemaban;  
Tambien á esa diosa Vesta,  
Que por nos es adorada,  
Y á Rómula nuestra madre,  
Que en ceniza está tornada.—  
Esforzados los mancebos  
Con estas tristes palabras,  
Arremeten á los galos,  
Que d'esto no recelaban.  
Firiendo iban sobre ellos,  
Con crecida y crüel saña:  
Todos los habien vencido,  
Ninguno vivo quedaba.  
Vengaron su gran injuria,  
Su soberbia quebrantaron;  
Quemaron todos los galos,  
En cenizas los tornaban.  
Habida tan gran victoria,  
Roma se redificara;  
Por Camilo el capitan  
La su nobleza cobrara.  
Si Rómulo fué el primero,  
Que aquesta ciudad fundara,  
Camilo la diera el sér  
Cuando mas perdida estaba:  
Mas le debe á este que á aquel,  
Pues de nuevo la poblara.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

<sup>1</sup> En este romance se ve que el poeta dirigia su imaginacion hecho dueño del asunto, y sin seguir servilmente, como en otros, el texto y relato de las viejas crónicas. Aunque lleva el nombre de Sepúlveda, mas parece pertenecer á la clase de los de los juglares.

524.

CERCO DE ROMA POR CORIOLANO.

(De Juan de la Cueva.)

Los volscos toman las armas  
Contra el Imperio Romano,  
Haciendo su capitan  
A Marcio Coriolano,  
Que desterrado de Roma,  
D'ellos le fué dado amparo,  
Y en su ciudad recibido  
Como propio ciudadano.  
El cual hecho capitan  
Contra su patria, en el campo  
Puso su gente, y camina  
Con denuedo y valor alto  
Saqueando los lugares  
Que estaban por sus contrarios,  
Metiendo en ellos los volscos  
Y lanzando á los romanos.  
A cinco millas de Roma  
Con su real hizo alto,  
Do destruía y talaba  
Los campos y los sembrados;  
Solos los de los patricios  
Reservando de aquel daño,  
Que así mandó por su edito  
De nadie fuesen tocados.  
Los romanos se aperciben  
Para el riguroso asalto;  
Pertrechan de gente el muro,  
Cierran puertas, tapan pasos,  
Guarnecen torres y fuertes  
Las armas aparejando.  
Crece el furor con el miedo,

La ira con el espanto,  
Cesan las causas civiles,  
Los oficios y los tratos;  
Dejan las togas de paz,  
Abren el templo de Jano,  
Los senadores acuerdan,  
Su necesidad mirando,  
De enviar embajadores  
A Marcio Coriolano  
Para tratalle de paz,  
Si valiese con él algo.  
Dado entre ellos este acuerdo,  
Le envían luego legados,  
Que puestos en su presencia,  
En proponiéndole el caso,  
Respondió: — Volvéos, amigos,  
Y decí á vuestro Senado  
Que si los romanos tornan  
Las haciendas y los campos  
Que les tienen á los volscos  
Injustamente tomados,  
Que á tratar vengan de paz:  
Donde no, será excusado;  
Que pues en ellos hallé,  
Cuándo fui de Roma echado,  
Piadoso acogimiento,  
Y en mi destierro su amparo,  
Los tengo de defender  
Hasta morir ó vengallos. —  
Con esta respuesta fueron  
Los mensajeros romanos,  
Y siendo dada, los padres  
Volviéron á despachallos  
Con la demanda primera,  
Y al real siendo legados,  
La entrada se les negó  
Sin querer Marcio escuchallos.  
Salieron los sacerdotes,  
Visto aquesto, aderezados,  
De pontifical vestidos,  
Con sus dioses en las manos,  
Demandándole la paz;  
Y á sus pies arrodillados,  
Con lágrimas se la piden;  
Mas el romano ostinado  
Los despide, sin que acete  
Lo que le pedían llorando,  
Ni su obstinacion moviese  
De su propósito bravo.  
Veturia, viendo el temor  
Del pueblo, y el triste llanto,  
La ruina y cierta muerte  
Que le estaba amenazando,  
Quiso ver si el ser su madre  
Le haría mover en algo,  
Y que pudiese su ruego  
Lo que no podían las manos.  
Y así llamando á Volumnia,  
Su mujer de Coriolano,  
Con otras muchas matronas  
Se van al real contrario.  
Ya que d'él llegaron cerca,  
Siéndole avisado á Marcio,  
Que su madre y su mujer  
Estaban dentro en su campo,  
Saliólas á recibir,  
Y ante ellas siendo llegado  
Quiso abrazar á su madre,  
Y ella lo impide así hablando:  
— Primero que tal consienta  
Que á mí me toque tu abrazo,  
Quiero saber si he venido  
En tan miserable paso,  
A ver hijo, ó enemigo,  
Y que se me diga claro,  
Si tu madre está cativa  
En poder de tus soldados,  
Pues me ha traído mi suerte,  
Y el haber vivido tanto,

A ver que te desterrasen,  
Y á verte nuestro contrario,  
Y que así contra tu patria  
Hayas levantado el brazo.  
Cómo pudiste estragar  
La tierra que te ha engendrado?  
Cómo en ti duró la ira,  
A sus términos llegando?  
Cómo no te enterneciste  
Viendo á Roma, y suspirando  
Dijiste en tu corazón,  
Roma, el mío te he dejado,  
Que mi casa queda en tí,  
Y mis dioses soberanos,  
Mi dulce mujer y hijos,  
Mis amigos y llegados,  
Y la triste, que en su vientre  
Me trujo para este daño,  
Y que vea al que parió,  
Ser de su patria tirano,  
Que sin respeto ni amor  
Hace en ella tal estrago?  
Vuelve en tí, mira mi afrenta,  
Que es tuya, y tuyo mi agravio:  
Mira tu mujer y hijos  
Al yugo infame entregados,  
O á perpetuo cativerio,  
Si vas con tu intento al cabo;  
O con muerte vergonzosa  
Serémos todos tratados;  
Y esto te obligue á mover  
De un propósito tan malo. —  
Poniendo Veturia fin  
A su razon, el Romano  
Con amor y reverencia  
Al cuello le echó los brazos,  
Diciendo: — Tu mandamiento  
Ha hecho tu pueblo salvo;  
Que el mundo no fuera parte,  
Ni de Júpiter los rayos,  
Que todo no fuera al fuego,  
Y al duro hierro entregado,  
Porque supieran qué es  
Desterrar un ciudadano,  
Sin justicia ni clemencia,  
Con rigor tan inhumano. —  
Tornando á abrazar su madre,  
Y á su mujer suspirando,  
Despidiéndose de todas  
Hizo luego alzar el campo.  
Volviéronse las romanas  
A Roma, y todo el Senado  
Salió, y el pueblo con danzas  
La hazaña celebrando,  
Y para que fuera eterna,  
Un templo fué edificado  
En nombre de la Fortuna,  
Poniendo su simulacro  
En figura de mujer  
Con una bola en la mano,  
Por honra de las mujeres  
Que su ciudad les libraron.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

525.

AL MISMO ASUNTO.

(De *Gabriel Lobo Laso de la Vega*.)

Apretada tiene á Roma  
El valiente Coriolano,  
De los volscos capitán  
Aunque de nación romano,  
A quien el Senado había  
Ofendido y agraviado,  
No mirando sus servicios  
Condignos de mejor pago;  
En cuyo lugar le entregan

526.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

De la famosa ciudad,  
Terror del mundo y espanto,  
Sale á cumplir su destierro  
El valiente Coriolano.  
Mil justas quejas esparce  
Por el aire puro y claro;  
Que saca lenguas de quicio  
La fuerza de los agravios.  
— ¡Oh madrastra ingrata! dice,  
¡Oh servicios mal premiados,  
Riesgos mal agradecidos,  
Mal conocidos trabajos,  
Sangre inútil mal vertida,  
Mal hijo, aunque no tan malo  
El que por su madre pone  
La vida y sér que le ha dado!  
Al rudo vulgo me diste,  
Entregáteme á un villano,  
Que me arrancó de tus pechos  
Con destierro acerbo y largo.  
Pésame de que me obligues  
Quizá á tratar de tu daño;  
Que aunque no es descargo entero,  
No deja de ser descargo.  
¡Viven los eternos dioses,  
Que pues tan mal lo has mirado,  
Que has de ver que patria ingrata  
Hace vasallos ingratos! —  
Calló y el camino toma  
De los volscos arriscados  
En quien varias veces hizo  
Duros, sangrientos estragos.  
Recibenle alegremente  
Con grande pompa y aplauso,  
Y por general le nombran  
Para venganza del caso.  
Despuéblase la ciudad,  
De labradores los campos,  
Miden las vibrantes picas,  
Tientan los pintados arcos,  
Cesan las civiles lites,  
Las competencias cesaron,  
Y solo del daño tratan  
Del ambicioso romano.  
Levanta ejércitos gruesos,  
Y marcha con largo paso;  
Estrecha con cerco á Roma,  
Tala y abrasa los campos,  
Poniéndola en tanto aprieto,  
Con hambre y duros asaltos,  
Que fué forzoso salir  
El oprimido Senado  
Con hábitos funerales,  
Sin imperial aparato,  
A pedir misericordia,  
Su mal proceder culpando.  
Oyólos el Capitan,  
Mas fué su demanda en vano,  
Que estaba la fresca injuria  
A la venganza incitando;  
A cuya humilde demanda  
Tuvo el oído tapado,  
Resuelto en que su ruina  
Debia llevar á cabo.  
Salieron los sacerdotes  
Con sus dioses en las manos,  
Con lágrimas y plegarias;  
Pero nada aprovecharon.  
Pues, notando las matronas  
El poco fruto sacado  
De aquellos y de estos ruegos,  
De Veturia se ampararon,  
Dulce y respetada madre  
Del Capitan indignado,

Al rudo pueblo indignado,  
Para que se satisfaga  
De él en un pequeño agravio,  
De que un monton popular  
Formó queja en el Senado.  
Puesto que fué en su poder,  
De Roma le desterraron;  
Fuése á los volscos, de quien  
Fué recibido y honrado,  
Aunque de él en mil batallas  
Recibieron grandes daños.  
Hácenle su general,  
Y de la ocasion gozando,  
Ponen cerco estrecho á Roma,  
Habiendo talado el campo,  
Y en tanta necesidad,  
Con hambre y duros asaltos,  
Que fué forzoso salir  
Mucha parte del Senado  
A rogar se contentase  
Con lo hecho Coriolano,  
Y que no quisiese nombre,  
Contra su patria, de ingrato:  
A cuyo humilde pedir  
Tuvo el oído tapado,  
Resuelto en que á destruirla  
Estaba determinado.  
Salieron los sacerdotes,  
Cuya demanda fué en vano;  
Lo cual viendo las matronas  
En cas de Veturia entraron,  
Dulce y respetada madre  
Del capitan indignado,  
En descompuesto escuadron,  
Llorosas quejas sembrando,  
A pedir que con Volumnia,  
Su nuera, y sus hijos caros,  
Vaya con humilde ruego  
A evitar el comun daño.  
Fuéron, y como llegasen,  
Veturia dijo temblando  
Ante su hijo postrada,  
Descubierto el pelo cano,  
La marchita faz llorosa,  
Con las manos fatigando:  
— ¡Pregunto si como madre  
Vengo á hablarte, hijo ingrato,  
O como mujer captiva  
Ante el temido contrario?  
¡Por cierto á mi edad cansada  
Hacen los hados agravio,  
Que para esto han permitido  
Que viva Veturia tanto,  
Y para ver por su hijo  
De su patria el fiero estrago!  
¿Quies ver tus hijos captivos  
Y tu casa puesta á saco?  
Y á voluntad tu mujer  
De un deshonesto soldado?  
Y á la madre que te trujo  
En sus entrañas guardado,  
Que venga á ser á tu vista  
Esclava de tus esclavos? —  
Tuvieron estas palabras  
Tanta fuerza, que bastaron  
A hacer que el estrecho cerco  
Levantase Coriolano,  
Diciendo: — Madre, venciste,  
Aunque con mi afrenta y daño;  
Y fué así, que de su reino  
Los volscos le desterraron.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*.)

¡Romance mucho mejor que el anterior, y que prueba que el poeta que lo compuso excedía infinito al Señor JUAN DE LA CUEVA.

En cuya casa llorosas,  
En monton confuso entraron  
A pedir que con Volumnia,  
Su nuera, y dos hijos caros,  
Vaya con materno ruego  
A evitar el comun daño.  
Fuéron, y como llegasen,  
Veturia dijo temblando,  
Ante su hijo postrada,  
Descubierto el pelo cano,  
Al pescuezo gruesa argolla,  
Arrastrando negros paños,  
La marchita faz llorosa,  
Con las manos fatigando:  
Preguntó — «¿Si como madre  
Vengo á verte, varon claro,  
O como mujer cautiva,  
Ante el temido contrario?  
¿Si te puedo llamar hijo,  
Pregunto, ¡terrible caso!  
O señor de una cuitada,  
Que el sér que tienes te ha dado?  
¿Por cierto á mi edad cansada  
Hacen sinrazon los hados,  
Que para eso han permitido  
Que viva Veturia tanto,  
Y para ver por su hijo  
De su patria el fiero estrago,  
Las vírgenes ofendidas  
Y los templos profanados!  
¿Quies ver tus hijos cautivos,  
Y tu casa puesta á saco,  
Y á voluntad tu mujer  
De un deshonesto soldado?  
¿Y la madre que te trujo  
En sus entrañas guardado,  
Que venga á ser á tus ojos  
Esclava de tus esclavos?  
De tu padre las cenizas,  
De tus abuelos y hermanos,  
Que en dulce quietud reposan  
¿Quieres mezclar con extraños?  
Tuvieron estas palabras  
Tanta fuerza, que bastaron  
A hacer que el cerco estrecho  
Levantase Coriolano,  
Diciendo: — Madre, vencistes,  
Aunque con mi afrenta y daño; —  
Y fué así, que de su reino,  
Los volscos le desterraron. —

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Bien se echa de ver que este romance es algun tiempo posterior á los dos que le preceden, y que aunque calcado sobre ellos, tiene mas colorido poético, mas uncion, y participa de una galantería que le aparta mas de la verdad histórica en cuanto á las costumbres y sentimientos originales.

527.

VIRGINIA Y APIO CLAUDIO.

(De Juan de la Cueva.)

Entre deseo y temor  
Apió Claudio arde y suspira  
Lleno de amorosas ansias  
Por la hermosa Virginia,  
De quien era desdeñado  
Y tratado con tal ira,  
Que jamas fué razon suya  
Aceta, ni d'ella oida,  
Teniendo en mas su pureza,  
Qu'el contento d'esta vida,  
Y que las ricas promesas  
Qu'el amante le ofrecia.  
Al decemviro romano  
Viendo su ardor y fatiga,  
Y que cuanto mas s'enciende,  
Ella tanto mas se enfria,

Creciale mas el fuego,  
Cuanto ella mas se esquivaba.  
Con este inmortal cuidado  
Andaba de noche y dia,  
Sin despedirlo un momento  
Su cautiva fantasía.  
Compeliálo el deseo,  
Y el miedo lo reprimía,  
La dignidad del oficio  
Y lo que d'él se diría,  
Y el afrentoso castigo,  
Qu'el Senado le daría  
Si quisiese hacer fuerza  
A la que de sí lo priva.  
En estas dificultades  
Por mil cosas discurría  
Que aunque eran dificultosas,  
Fáciles le parecían;  
Qu'el amor en lo imposible  
Da remedios y abre vías,  
Que lo que no puede ser  
Para ser lo facilita.  
Al fin se rindió al amor,  
Y al daño se precipita,  
Elegiendo por remedio  
Lo que mas su honor lastima,  
Y es, decille á Marco Claudio,  
Un criado que tenía,  
El fuego en que se abrasaba,  
Contra el cual ya no podía,  
Si no era con la muerte,  
Remediarse, ó con Virginia;  
Que la aguardase en la calle,  
Y como d'él fuese vista  
Al momento la prendiese  
A voz de esclava huida,  
Y la llevase á su audiencia,  
Y qu'él determinaría  
El conveniente remedio,  
Viendo cómo sucedía.  
¡Oh poderoso accidente,  
Y cuánto puede el que evita,  
Si hay alguno, tu furor  
Que de toda razon priva,  
Cual en Apio Claudio vemos  
Que lo sujeta y derriba!  
El diligente criado  
Al hecho se determina,  
Y así puesto en asechanza,  
Vió acaso á Virginia un dia,  
A la cual así por fuerza  
Diciendo ser su cautiva,  
Y llevóla al tribunal  
Do su señor asistía;  
Y puesto en medio del pueblo,  
Que lo sigue, así decia:  
— Justicia, Apio Claudio, pido,  
Si á quien la tiene es debida,  
Y préstame grato oído  
Para oír bien mi justicia,  
La cual si en tí me faltare,  
Por la baja suerte mía,  
La pediré á los del cielo,  
Que á quien la niega castigan:  
Aunque estoy muy confiado,  
Que mi intento se consiga,  
Por pedir justicia en él,  
Y porque á tí la pedia;  
Y con aqueste seguro  
Digo el caso que me incita;  
Y es, que la que ves presente,  
Por quien todo el pueblo grita  
Y se conmueve, cual ves,  
A defendella y seguilla,  
Es sierva mía comprada,  
Y huye mi compañía,  
Y sirve á señor ajeno  
Y al señor propio no estima.  
Pido se me restituya,

Pues es propia esclava mía,  
Y se ponga en mi poder  
Para que d'ella me sirva;  
Que yo daré informacion,  
La cual manda que se admita,  
Y en contrario, d'esto apelo  
Al Senado y su justicia. —  
Dijo, y con grande sosiego  
El rostro en el pecho inclina.  
Apió Claudio mandó al punto,  
Ante el pueblo que le oía,  
Qu'en la cárcel la pusiesen  
Mientras la probanza hacían;  
La cual mandaba que fuese  
Hecha dentro de tres dias,  
Con intencion que en la cárcel  
De ella á su gusto haría;  
Mas Virginio, padre d'ella,  
Viendo el negocio cuál iba,  
Y qu'el injusto juez  
A ofender su honor aspira,  
En presencia de Apio Claudio,  
Sin temor así á Virginia,  
Poniendo mano á un puñal  
Al juez severo mira,  
Diciendo así: — Con su muerte  
No será su honra ofendida,  
Ni podrás, con morir ella,  
Dejar en la mia mancilla. —  
Esto diciendo, furioso,  
Ardiendo en honrosa ira,  
Allí, delante de todos  
Acabó la casta hija,  
Y por que no le prendiese  
El juez, que tras él iba,  
Con el puñal en la mano  
Por todos rompe y camina.  
Esto divulgado en Roma,  
El Senado al punto envía  
A prender á Apio Claudio,  
Siendo su maldad sabida,  
Y la del fiero criado  
Por diligente pesquisa.  
Señalaron dos jueces  
Para qu'el negocio sigan;  
Y aclarada la verdad  
A Virginio el padre citan,  
Y dan por libre; el cual vino  
Para oír de su justicia,  
Que siendo mirada bien  
Se da por definitiva  
Conocida la maldad,  
Que sin embargo las vidas  
Quitén al siervo y señor,  
Aunque en diferentes vías:  
Qu'el señor, dentro en la cárcel  
Muera, porque no se diga  
Que en un regidor de Roma  
Cupo tal alevosía;  
Y al mozo públicamente  
Adonde asíó de Virginia.  
Oyendo Virginio el auto,  
Pide que sea mas benigna  
La sentencia del criado,  
Pues como siervo hacia  
Lo que su señor mandaba,  
Y así es justo ser mas pia.  
Los jueces se lo otorgan,  
Y mandan, que pues se inclina  
A piedad con Marco Claudio,  
Que su voluntad se siga,  
Y en destierro se commute  
La sentencia de la vida,  
Y el tenor de la sentencia  
En el señor sea cumplida.  
Parten luego á ejecutalla  
Del modo que determinan.  
Los jueces, y Apio Claudio,  
Que ya su muerte adivina,

Como el que sabía su culpa,  
A morir se determina  
Por su mano, ántes que verse  
Puesto en poder de justicia;  
Y así, sacando un cuchillo,  
Fué de sí mismo homicida.  
El Senado ordenó luego  
Qu'el oficio que regia  
Apió Claudio, acabe en él,  
Y cuantos del mismo habia;  
Y así los decemviro  
Acabaron aquel dia,  
Que jamas los hubo en Roma  
Por la muerte de Virginia.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

528.

EL NIÑO PAPIRIO.

(Anónimo.)

Halagando está á Papirio  
Su madre, en cuanto podia,  
Con mil niñerios dones  
Que le daba y prometía,  
Porque dijese en secreto  
Lo qu'el Senado aquel dia  
Con tanta instancia y silencio  
En Roma tratado habia,  
Porque con su padre entraba  
Do el consejo se tenía.  
El sabio niño negando,  
La madre mas le inducía:  
Viendo no valer halagos,  
Mil amenazas le hacia.  
Papirio por defender,  
Burlando con osadía  
A la instancia maternal,  
Este engaño le fingía.  
— Habeis de saber, señora,  
Qu'el Senado proponía,  
Viendo la necesidad  
Qu'en la república habia  
Que cualquier mujer casada,  
Que hijos no poseía,  
Otra vez pueda casarse.  
Y esta ley institua,  
Porque tenga dos maridos  
Que la empuñen á porfia. —  
Pensó el muchacho que d'esto  
La madre se burlaría;  
Pero tomólo de veras,  
Y aun dicho no se lo habia  
Cuando á las otras matronas  
Dió parte en el mismo dia.  
Juntáronse algunas d'ellas  
De mas tomo y fantasía:  
Hicieron su petición,  
En la cual se repetía  
Que la ley que proposaban  
Admitir no se podía,  
Y qu'entre castas romanas  
Tal uso no se usaria.  
Para haber de presentalla  
Fueron á aguardar un dia  
Qu'estaba el Senado junto,  
Con Papirio en compañía.  
Vista por los senadores  
Tan loca demanda y fria,  
Sin poderse retener,  
Cada cual se sonreía,  
Y así diéronles respuesta,  
Qu'en ello se miraria.  
Despedidas, el Senado  
Pesquisas grandes hacia  
Para saber aquel hecho  
De qué causa procedía.  
Levantárase Papirio,

Niño de gran osadía,  
Y descubrió todo el caso  
Que acontecido le había.  
El Senado viendo aquesto,  
De nuevo allí concedía  
Que ningún muchacho entrase  
Do el consejo se tenía,  
Sino tan solo Papirio,  
Pues de sabio se regía.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

EPOCA ROMANA DURANTE LAS GUERRAS  
PUNICAS.

529.

ANIBAL JURA ODIO Á LOS ROMANOS.

(De Juan de la Cueva.)

Parte Amílcar de Cartago  
De fiera saña encendido,  
Confiado en su braveza,  
Y de gente apercebido,  
A poner la invicta España  
Debajo de su dominio,  
Y al cartagines Senado  
Aplicar su señorío,  
Protestando en alta voz,  
Siendo de todos oído,  
De arruinarla por el suelo  
Sin dejar d'ella edificio,  
Si no se daba á Cartago,  
Sin defensa ni ruido;  
Y de lanzar los romanos,  
Que pretendían lo mismo,  
Dándoles tan cruda guerra  
Hasta haberlos destruido,  
O que dejen libre á España,  
Qu'es su principal desinio.  
Determinado á la empresa  
Pone su gente en camino;  
Dan velas al manso viento,  
Y al mar se entregan benigno:  
Dales Eolo un blando austro,  
Y Neptuno el mar tranquilo,  
Con que llegaron á Cádiz,  
Qu'era el puerto dirigido,  
Con tan prósperos agüeros,  
Cual siempre le habían seguido.  
El capitán de Cartago  
Viéndose en puerto surgido,  
Y viendo lo que intentaba,  
Y el negocio á que ha venido,  
Grave, dudoso y extraño,  
Teme, y no á su enemigo;  
Mas lo que sucederá,  
Y lo qu'él ha prometido  
De poner el yugo á España,  
Qu'el romano ha sacudido:  
Y así quiere consultar  
El suceso no sabido,  
Con Hércules glorioso  
En el templo á él ofrecido,  
Tomándole por su amparo  
Demandándole su auxilio,  
Ofreciéndole en su nombre  
Un solemne sacrificio.  
Deja el puerto y vase al templo  
A cumplir su intento pio,  
Donde para la oblacion  
Todo estaba proveido,  
Juntas las reses, y el fuego  
Pegado al tronco de pino,  
Ardiendo el piadoso encienso,  
Respirando olor divino.  
Dan al fuego codicioso  
Los secretos intestinos,

Revestido el sacerdote,  
Y en el alto altar subido  
A ofrecer al grande Alcides  
El inmolado ofrecido  
Por el valiente Amílcar,  
Que presente está y conrito,  
Rodeado de los suyos  
Y del pueblo todo-unido.  
Estando todos atentos,  
Todo en sosiego sin ruido,  
Anibal, que está presente,  
Que al fiero padre ha seguido,  
Jóven tierno, aunque en esfuerzo  
Ningun mayor le ha excedido,  
Por toda la gente rompe,  
Sin ser de nadie impedido:  
Sube do está el sacerdote  
Junto á Hércules divino,  
Y en su venerable altar  
El diestro brazo tendido,  
Con el espada desnuda  
Y el rostro descolorido,  
Diciendo. — O cartagineses,  
Pueblo de Marte escogido,  
Que seguís el estandarte  
De mi padre y su apellido,  
A opresar la fiera España,  
Que de nadie lo ha sufrido,  
Y á destruir los romanos,  
Y echarlos del señorío,  
En cuya causa os prometo  
De morir por ello mismo;  
Y juro á los altos dioses  
Y al gran Júpiter Olimpo,  
A Tétus y al gran Nereo,  
Y al dios Marte encruelido,  
Y á las deidades del huero,  
Y por el caos entendido,  
De ser en cuanto viviere,  
De Roma crudo enemigo,  
Y de sustentarle guerra  
Todo el tiempo que sea vivo;  
Y de ser contra Cartago,  
No siguiendo lo que digo,  
Juro de negar sus dioses  
Sus ceremonias y ritos:  
Para lo cual, gran Alcides,  
Tu divino favor pido:  
Tú qu'en la selva Nemea  
Dejaste el leon vencido;  
Tú que la hidra mataste,  
Y al jabali enfurecido;  
Tú, que las infestas aves  
Desterraste, y sin ruido;  
Tú, que á Teseo libraste  
Del lazo en que había caído,  
Y al trifauce Can horrible  
Sacaste del huero asido,  
Sin otras cosas qu'en vida  
Hiciste que aquí no digo,  
Con que hubiste en vida gloria,  
Y muerto fuiste divino;  
Ayuda á cumplir mi intento,  
En el cual me ratifico,  
Y á jurar vuelvo ante tí,  
Por este fuego encendido,  
Por esta víctima y ara,  
Por este fatal cuchillo,  
De ser enemigo eterno  
De los romanos que he dicho.  
En diciendo esto Anibal  
Del altar se ha decendido  
Dando admiracion á todos,  
Y al padre el oír al hijo;  
Que le fuesen entregados,  
El cual puesto en él los ojos  
Ufano de habello oído,  
Deja el templo y sale al puerto  
Dando fin al sacrificio.  
Las africanas banderas

Tendiendo al viento propicio,  
Toca á recoger la gente  
Para que se dé principio  
A la rigurosa guerra,  
Y á cumplir lo prometido.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

530.

SITIO DE SAGUNTO POR ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Encendido en viva saña  
Está el valiente Africano,  
Que causó pavor al mundo,  
Y asombro al pueblo romano.  
Incitelo el juramento  
Que hizo ante Alcides sacro,  
De no apartar de sí el odio  
Contra Roma y su Senado,  
Hasta que Cartago ó Roma,  
Volver viesse en polvo vano.  
Esto fijo en su memoria,  
Andaba considerando  
Cómo quebraría las paces  
Que con Roma hizo Cartago;  
Y tomó por ocasion,  
Sintiéndose injuriado,  
Quitarles tener armadas  
Por el mar, cual demandado  
Fué de Roma en el concierto  
De la paz que habían firmado:  
Y asimismo le incitaba,  
Ver que le fuese quitado  
El gobierno de Sicilia  
Y Cerdeña á su Senado.  
Y lo que mas le ofendía,  
Ver su pueblo tributario,  
Y que le pagaba á Roma  
El tributo, cada un año,  
Siendo ajeno á su costumbre  
Darlo, sino serle dado.  
Por esto el fiero Anibal,  
Resoluto y ostinado,  
Pone su gente en camino,  
Y á Sagunto guía su campo,  
Como á los que mas amigos  
Eran del pueblo romano,  
Tomando esto por principio  
De llevar su intento al cabo.  
Los saguntinos, sabiendo  
La venida del contrario,  
Envían á Roma aviso  
Demandándole su amparo,  
Pues por su amistad habían  
La de Cartago dejado.  
Roma proveyó al momento  
A Publio Valerio Flaco,  
Para llevar la embajada;  
Y así á Quinto Fabio Pánfilo,  
Para que ambos le digan  
Que se deje de hacer daño  
A los amigos de Roma,  
Cuyo amparo está á su cargo.  
Con esta embajada parten;  
Mas el soberbio Africano  
Comenzó á talar las tierras  
De los orcadados nombrados,  
Y otros pueblos d'esta parte  
Del rio Ebro celebrado,  
Compeliendo á unos y á otros  
Que le fuesen entregados,  
Y á los que se resistían  
Cruelmente eran tratados.  
Dió á la ciudad de Carteya  
A sus soldados á saco,  
Repartiendo sus riquezas  
Liberalmente á su campo

De allí pasó á los vacceos  
Donde hizo cruel estrago;  
A Hermandica y á Arbácola,  
Sus ciudades arruinando,  
Y cargado de despojos  
Salió, enderezando el paso  
Al gran pueblo de Sagunto,  
Que ya estaba aguardando.  
Al cual comenzó á batir  
Su destruicion protestando,  
Sin que le quedase hombre  
Ni piedra puesta en su cabo.  
En esto estaba Anibal  
Un dia y otro ocupado,  
Sin poder entrar el muro,  
Aunque en partes derribado,  
Porque con virtud y esfuerzo,  
Se defendían los cercados;  
Que la desesperacion  
De cobardes hace osados.  
Así están los de Monviedro,  
Cuando en el campo africano,  
Llegan los embajadores  
Del imperial Senado.  
Sabido por Anibal,  
Dió su audiencia á los romanos,  
Los cuales puestos ant'él,  
Y de los suyos cercados,  
Les preguntó qué querían;  
Mas Publio Valerio Flaco,  
Le dice: — Roma te pide  
Qu'el cerco á Sagunto alzando,  
Los dejes en su quietud,  
Por qu'es de Roma aliado,  
Y que ofender sus amigos,  
Es querer probar sus manos,  
Lo cual harán si á Sagunto  
No dejas de tu ira salvo. —  
Oyendo aquesto, responde  
El caudillo de Cartago:  
— Si Roma está arrepentida  
De las paces que ha firmado,  
Sálgase de la palabra,  
No guarde la fe que ha dado,  
Y no tome esa ocasion,  
Ni tome á Sagunto á cargo,  
Que si las paces rompiere,  
La espada tengo en la mano;  
Y esto daréis por respuesta,  
A quien acá os ha enviado. —  
Sin replicarle razon  
Los mensajeros romanos,  
Lo dejan, y apriesa vuelven,  
Para Cartago su paso,  
A pedir enmienda d'esto,  
Manifestando su agravo:  
El cual les llevó de suerte  
Que sin recibir descanso,  
Se hallaron en el pueblo  
De Elisa Dido fundado,  
Huyendo de la violencia  
De Pigmaleon su hermano.  
Dióles el Senado audiencia;  
En medio del cual, parados  
Los fuertes embajadores  
Del pueblo de Marte airado,  
Y habida ya facultad,  
Dice así Valerio Flaco:  
— ¡Oh sumos padres conscriptos,  
De Africa fuerte amparo,  
Con quien la sagrada Roma  
Firme amistad ha trabado!  
Esta envía á querrellarse  
De Anibal, que traspassando  
El concierto de las paces,  
A Sagunto hace daño,  
Sabiendo que son amigos  
De Roma, y los ha cercado;  
Por lo cual envía á pedirlos,